

## El mensaje de Esteban Echeverría\*

(The message of Esteban Echeverría)

Erro, Carlos Alberto

[BIBLID \[1136-6534 \(1998\) 11:7-24\]](#)

---

*Carlos Alberto Erro —de origen navarro, subsecretario en 1940 del Ministro de Agricultura argentino del que dependía la Dirección General de Inmigración y, a este título, autor del texto de los decretos en favor de la inmigración vasca— dirige al Congreso una comunicación en torno al espíritu vasco de Esteban Echeverría, poeta, pensador y sociólogo argentino del siglo XIX.*

*Carlos Alberto Erro, nafar jatorrikoa, Argentinako Nekazaritza Ministroaren idazkariordea zen 1940an, eta Inmigrazioako Zuzendaritza Nagusia ministerio horren menpe izaki, euskal inmigrazioaren aldeko dekretuen testuaren egilea. Komunikazio bat idazten du Kongresurako Esteba Echeverría, XX. mendeko argentinarraren poeta, pentsalari eta soziologoaren euskal izpirituari buruz.*

*Carlos Alberto Erro —d'origine navarraise, sous-secrétaire en 1940 du Ministre de l'Agriculture argentin dont dépendait la Direction Générale de l'Immigration et à ce titre auteur du texte des décrets en faveur de l'immigration basque— adresse au Congrès une communication sur l'esprit basque d'Esteban Echeverría, poète, penseur et sociologue argentin du XIX<sup>e</sup> siècle.*

---

\* Archives Manuel de Ynchausti. Ustaritz.

Cuando recibí la amable invitación del señor Presidente don Manuel de Inchausti, para participar en el VI Congreso de Estudios Vascos, fue mi primera intención escribir un trabajo sobre la parte que ha correspondido a nuestra raza en la formación de la Argentina, material y espiritualmente. Hubiera sido una oportunidad para desplegar, con desembarazo, el penacho del orgullo éuskaro, porque el legado de la gente que vive en los Pirineos y en sus tierras adyacentes, al Norte y al Sur, en Francia y en España, a la argentinidad es inmenso.

Pero luego cambié de propósito. Me pareció más fecundo eludir la exhibición de lo notorio y difundido, para concentrar el pensamiento y la palabra en poner de relieve, en un espíritu egregio, qué cúmulo de cualidades a la vez que profundas, delicadas y complejas, suele producir la sangre vasca cuando circula en un cuerpo humano —en el caso de Esteban Echeverría— en estas latitudes del Nuevo Mundo. Echeverría, poeta, pensador, sociólogo hondo, líder de una gran generación argentina, es quien primero expresa las ideas fundamentales que luego se traducen en nuestra Carta Magna, las ideas de acuerdo con las cuales se constituye nuestro país, y a las que más tarde da expresión normativa y completa otro descendiente de vascos, Juan Bautista Alberdi. En Echeverría descuellan los mejores valores que distinguen al espíritu argentino. Es un arquetipo. Y lo será por mucho tiempo para los hombres de estas tierras.

En él la raíz vasca, trasplantada lejos de solar nativo, en un medio profundamente diverso, saca a plena luz recónditos matices, ocultas posibilidades del ser pirenaico, y muestra como otros grandes ejemplos —el de Simón de Bolívar el máximo entre todos— lo que puede dar de sí en aleación con la sangre criolla, alimentada por el suelo virgen, sacudida por los vientos autóctonos bajo el cielo americano.

“El mensaje de Esteban Echeverría” y “Echeverría, intérprete de Mayo” son dos partes de un mismo trabajo. Lo dedico al VI Congreso con mis mejores notas por la fraternidad de vascos y descendientes de vascos en todos los países donde se profiera culto a Cristo, Nuestro Señor.

## EL MENSAJE DE ESTEBAN ECHEVERRÍA

Casi diez años después de escribir el *Dogma Socialista*, que es el programa de una generación, Esteban Echeverría publicó en Montevideo, donde se hallaba expatriado, en el mes de junio de 1846, una *Ojeada Retrospectiva* sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37, donde a la vez que hace la historia de la gestación de ese programa, desarrolla más ampliamente algunas de las ideas que la integran pero sin modificarlas en lo más mínimo. Aquel decenio de proscripción y penurias no había hecho más que consolidar el ideario de la Asociación de Mayo, demostrando con ello que ese grupo de jóvenes había creado un documento maduro. Sólo varió el título: ahora se lo designa con el nombre de *Dogma Socialista*; antes se lo llamaba *Código* y otras veces *Palabras Simbólicas*.

Formaban la Asociación que Echeverría presidió entre treinta y treinta y cinco jóvenes. Se destacaron en los debates, según nos lo dice el mismo Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Tejedor, Félix Frías, Jacinto Peña, Miguel Irigoyen, Vicente Fidel López, etc. Más tarde, dispersado el grupo por la proscripción, se incorporaron Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre. En el momento en que la Asociación se funda, ninguno de esos jóvenes significaba nada en política. Eran los intelectuales de una nueva generación que empezaba a pensar y a escribir.

Tiene gran interés saber cuál era la situación en que se encontraba esa nueva generación en el momento en que se incorporaba a la vida del país y por eso se leen con tanto provecho y arrojan tanta luz para comprender y valorar la misión que la misma se impuso, las páginas que Echeverría dedica a escribir el panorama político con el que aquella juventud tuvo que enfrentar. Cedámosle la palabra.

“La sociedad argentina —dice— entonces estaba dividida en dos facciones irreconciliables por sus odios, como por sus tendencias, que se habían despedazado largo tiempo en los campos de batalla: la facción federal vencedora, que se apoyaba en las masas populares y era la expresión genuina de sus instintos semi-bárbaros, y la facción unitaria, minoría vencida, con buenas tendencias, pero sin bases locales de *críterio* socialista y algo antipática por sus arranques soberbios de exclusivismo y supremacía. Había, entre tanto, crecido, sin mezclarse en esas guerras fratricidas, sin participar en esos odios, en el seno de esa sociedad una *generación nueva*, que por su edad, su educación, su posición, debía aspirar y aspiraba a ocuparse de la cosa pública. La situación de esta generación nueva en medio de ambas facciones era singular. Los federales la miraban con desconfianza y ojeriza, porque la hallaban poco dispuesta a aceptar su librea de vasallaje, la veían ojear libros y vestir frac, traje unitario ridiculizado y proscrito oficialmente por sus *jefes* en las bacanales inmundas con que solemnizó su elevación al mando supremo. Los corifeos del partido unitario, aislados en Montevideo, con lástima y menosprecio, porque la creían federalizada, u ocupada solamente en frivolidades... Los unitarios, sin embargo, habían dejado el rastro de su tradición progresista estampado en algunas instituciones benéficas, el recuerdo de una época más fecunda en esperanzas efímeras que en realidades útiles; sofistas brillantes habían aparecido en el horizonte de la Patria: eran los vencidos, los proscritos, los liberales, los que querían en suma, un régimen constitucional para el país. La generación nueva, educada la mayor parte en escuelas fundadas por ellos, acostumbraba a mirarlos con veneración en su infancia, debía tenerles simpatía o ser menos federal que unitaria. Así era, Rosas lo conocía bien, y procuraba humillarla marcándola con su estigma de sangre. No hay ejemplo que haya patrocinado a joven alguno de valor y esperanzas. Esa simpatía, empero, movimiento espontáneo del corazón, no tenía raíz alguna en la razón y el convencimiento. La situación moral de esa juventud viril debía ser, por lo mismo, desesperante, inaudita. Los federales en el poder habían llegado al colmo de sus ambiciones. Los unitarios en el destierro, fraguando intrigas oscuras, se alimentaban con esperanzas de una restauración imposible. La juventud aislada, desconocida en su país, débil, sin vínculo alguno que la uniese y le diese fuerza, se consumía en impotentes votos, y nada podía hacer para sí, ni para la Patria. Tal era la situación”.

La sociedad dividida en dos bandos enemigos —unitarios y federales—, ninguno de los cuales satisfacía a la joven generación que asumía frente a ellos una posición muy lejana de la neutralidad, y el país gobernado por Rosas, o sea bajo el despotismo sangriento. Así se sintetiza el cuadro que Echeverría nos acaba de trazar. El federalismo como partido político era anterior a Rosas y diferente de él; Rosas representaba sólo un momento o un modo de ser del federalismo.

Echeverría tenía entonces 32 años. Hacía siete que había vuelto de su viaje por Europa y desde la publicación de *Los Consuelos* —volumen de versos— era una celebridad literaria en Buenos Aires. Pero, como él mismo expresa, su vocación por la poesía no era pronunciada. “Sólo la deplorable situación de nuestro país —escribe— ha podido compelerme a malgastar en rimas estériles la sustancia de mi cráneo”. Esa deplorable situación lo preocupa profundamente. Siente el destino de su país que se está jugando ante sus ojos, con dramática violencia. Siente a su país como una parte esencial de su ser; es el primero en incorporar el pasaje vernáculo a la literatura argen-

tina, promoviendo el desierto a sustancia poética de *La Cautiva*. Los movimientos de un hombre joven que así siente la Patria y la suerte y el porvenir de ella, son fáciles de prever según sea su vocación; si es política, buscará participar en la lucha de los partidos, y si es puramente intelectual, volcará en artículos o libros el fruto de su meditación. Echeverría escoge su propia ruta. Escribe, sí; pero antes busca crear vínculos, reunirse para abrazar un programa común. Piensa que para las necesidades de la hora poco vale el pensamiento individual aislado; es preciso llegar al pensamiento compartido, por lo que es lo mismo al que sirve de unión a muchos hombres. Trabaja en procura de ello en que se puede coincidir en el terreno del pensamiento, como primer paso hacia la acción ulterior. Su ambición es la *unidad* y como órgano de la unidad la asociación. “El que suscribe —dice al hacer la historia de su empresa— desconociendo la juventud de Buenos Aires por no haber estudiado en sus escuelas, comunicó el pensamiento de asociación que lo preocupaba a sus jóvenes amigos don Juan Bautista Alberdi y don Juan María Gutiérrez, quienes lo adoptaron al punto, y se comprometieron a invitar lo más notable y mejor dispuesto de entre ella”.

Ya están reunidos y el órgano empieza a trabajar. Lo más urgente, dice Echeverría, es redactar la declaración de principios en la que todos estén de acuerdo, el breviario ideológico que resuma su interpretación de la realidad argentina, el dogma social, en fin, que sirva de base y de guía para la acción. A él se le encarga la redacción; salvo el último capítulo sobre los antecedentes unitarios y federales que fuera compuestos por Alberdi, el resto salió de su pluma.

A la declaración de principios debía seguir el estudio, orientado por el criterio de esos principios, de la solución de las principales cuestiones prácticas que envolvía la organización futura del país. Echeverría trazó el programa de trabajo. Empezó por hacer un inventario de las principales cuestiones a encarar entre las que figuraban:

La cuestión de la prensa – La cuestión de la soberanía del pueblo, del sufragio de la democracia representativa – La del asiento y distribución del impuesto – La del banco y papel moneda – La del crédito público – La de la industria pastoril y agrícola – La de la emigración – La cuestión de las municipalidades y de la organización de la campaña – La de la policía – La del ejército de línea y milicia nacional, etc.

Luego delineó el método para su estudio. Ese método reposaba en el examen de los antecedentes históricos y en la observación y análisis de la realidad del país. Entre otras fuentes de investigación, comprendía:

– desentrañar el espíritu de la prensa periódica durante la revolución para conocer el estado de nuestra cultura intelectual;

– bosquejar nuestra historia militar para conocer el influjo que hayan tenido, tanto las batallas como el talento de los generales en la suerte de nuestra Patria y hacer una justa apreciación de su importancia histórica;

– estudiar nuestra historia parlamentaria y examinar, analizar y apreciar todas nuestras leyes fundamentales, porque en ellas deben, necesariamente, haberse refundido el saber teórico y práctico de nuestros publicistas.

Como dice Juan María Gutiérrez en su *Vida de Echeverría*, esa recopilación histórica se realizó por Echeverría y López trabajando en colaboración y llegó a reunir un material que publicado hubiera abarcado varios volúmenes.

El punto de arranque, explica Echeverría, deben ser nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestro estado social; determinar primero lo que somos y, aplicando principios, buscar lo que debemos ser, hacia qué punto debemos gradualmente encaminarnos.

“Mostrar enseguida la práctica de las naciones cultas cuyo estado social sea más análogo al nuestro y confrontar siempre los hechos, con la teoría o la doctrina de los publicistas más adelantados. No salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones; tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad...”.

Así, frente a los unitarios, daba máxima jerarquía a lo histórico y a lo nacional y vernáculo. Abarca su programa de trabajo el repertorio completo de las grandes cuestiones argentinas de su tiempo y no omitía ninguna de las principales fuentes válidas para dilucidarlas. Nunca se ha iniciado en el país un estudio sociológico y político tan vasto ni se lo ha encarado con pareja seriedad.

Si los jóvenes que en 1837 fundaron la Asociación de Mayo no estaban de acuerdo ni con unitarios ni con federales, lo lógico era que pensarán en fundar un partido nuevo. Y Echeverría nos dice, en efecto, en la ojeada retrospectiva —escrita, recuérdese, diez años después del Dogma— que la lógica de los hechos conducía a la formación de un nuevo partido; pero en 1837 no concibió tal cosa, al menos como empresa inmediata. Que los jóvenes piensen en fundar un partido nuevo porque no les satisfacen los existentes, es lo más frecuente y ordinario en todos los períodos históricos y en todos los países. Si Echeverría y los hombres de su generación hubieran seguido ese camino, la actitud que asumieron no merecería comentario, puesto que no habría en ella nada de singular, de específico. Pero la oposición de Echeverría tiene una característica inconfundible. Y es que alimentó como preocupación fundamental algo que no desvela a los intelectuales: buscar la unidad del pensamiento, los puntos de convergencia, el terreno común y la formación de la cédula social para llegar a ese acuerdo e identidad de miras, y todo ello como preámbulo necesario de la acción. Procedió como lo que era y lo singularizaba —según veremos después—, no sólo un hombre con ideas, sino un hombre con ideas sociales, ser extraño entre los humanos y especialmente entre los intelectuales. La del año 37 es la única generación intelectual argentina que se ha trazado un programa común y se ha agrupado. Antes y después se han agrupado los políticos mientras los intelectuales andaban cada uno por su lado; cada uno con una solución propia para los problemas del país, y esa separación suma sólo ha engendrado debilidad y ha convertido en pensamientos muertos, sin eco, sin influencia sobre el medio social, a muchas ideas grandes, profundas y certeras.

Apartarse de unitarios y federales, vale decir de todos los partidos de la época, proclamar públicamente que no estaba de acuerdo con ellos y hacer la crítica de sus errores, equivalía a cerrarse los caminos fáciles del éxito, a crearse un obstáculo grave para ocupar cualquier posición oficial, a escoger, en síntesis, la ruta más difícil. Como todas las actividades fecundas, la de Echeverría y su grupo fue decidida y valiente. Porque Echeverría y su grupo, como los unitarios, atacaban a Rosas; pero sucedía que también atacaban a los unitarios, y mientras éstos contaban con el apoyo de su partido que desalojado Rosas podía llegar a gobernar, aquéllos no tenían respaldo político alguno. Estaban momentáneamente solos. Su soledad no los abatía porque tenían fe en sus ideas, socialmente concebidas y apoyadas en la historia y realidad del país.

No pensaron, efectivamente, en un comienzo, en fundar un nuevo partido político. Tampoco pensaron, al principio, en la revolución material contra Rosas. Echeverría lo dice reiteradamente. El país no estaba maduro para realizar con éxito una reforma inmediata. Se necesitaba previamente propagar entre el pueblo los nuevos principios —los principios de la Asociación de Mayo— y hacerlos entrar en la cabeza y el corazón de las masas; realizar antes de la revolución material, y éstas son palabras del propio Echeverría, una verdadera revolución moral. Todo ello implica tiempo. Y véase como los hombres de la Asociación de Mayo iniciaban una obra de largo aliento. Estaban dispuestos de antemano a *esperar*. Demostraban así una paciencia exasperante para la impulsividad típica del político; pero reclamada por la situación social de la época como la historia lo confirmaría después.

Obedecía la prevista espera a un pensamiento muy arraigado en Echeverría y que está desenvuelto magistralmente en el Dogma.

“De aquí se infiere —leemos allí— que cuando la razón pública no está sazónada, el legislador constituyente no tiene visión alguna, y no pudiendo llevar conciencia de su debilidad, ni de la importancia del papel que representa, figura en una farsa que él mismo no entiende, y dicta o copia leyes con el mismo desembarazo con que haría escritos en su bufete o reglaría las cuentas de su negocio... El legislador no podrá estar preparado si el pueblo no lo está. ¿Cómo logrará el legislador obrar el bien, si el pueblo los desconoce? ¿Si no aprecia las ventajas a la libertad? ¿Si prefiere la inercia a la actividad? ¿Sus hábitos a las innovaciones? ¿Lo que conoce y palpa, a lo que no conoce y mira remoto? Es indispensable, por lo mismo, para preparar al pueblo y al legislador, *elaborar primero la materia de la ley*, es decir, difundir las ideas que deberán encarnarse en los legisladores y realizarse en las leyes, hacerlas circular, vulgarizarlas, incorporarlas al espíritu público”.

\* \* \*

No nos cuesta imaginarnos la impresión de jóvenes líricos e ilusos que los miembros de la Asociación de Mayo, dedicados a elaborar un alto programa social que tenía que cumplirse sin prisas, en momentos en que la mazorca prodigaba sus puñales y la irrupción de las fuerzas de la campaña dominaba la ciudad de Buenos Aires, debía producir en los hombres que como los unitarios, luchaban contra Rosas. Es que, sin duda, la postura de aquel grupo era harto insólita, si se tienen presentes las condiciones del momento, y se hubiera necesitado ver muy hondo y con amplísima perspectiva histórica, para comprender que el programa de Echeverría contenía la única solución estable para el país, y que en esa forma de afrontar la realidad política radicaba su acierto mayor.

Ante un gobierno desastroso o una tiranía sangrienta, la reacción política primaria y natural consiste en criticar, en mostrar el error de los gobernantes, sus faltas, sus extravíos, sus pecados. Criticar para demoler. Criticar para voltear. Quien concentra la campaña política sobre todo en la crítica del gobierno, parte de la base de que quienes lo apoyan, dejarán de hacerlo si se les demuestra que el gobierno atenta contra sus intereses y los del país. Esto se limitaban a hacer los unitarios. Esto es lo que hacen novecientos noventa opositores de cada mil.

Pero hay otra forma de oposición política, por lo menos tan legítima como la anterior y es la que consiste en crear una fe en un nuevo programa, distinto del que defiende o representa el gobierno imperante. Es decir, ganar adeptos por la persuasión de un programa positivo más que por la sustracción de partidarios del gobierno, desengañados por sus errores o sus fallas.

Ambos métodos de oposición son valederos; conjunta o separadamente se han utilizado en la historia desde los más remotos tiempos. La oposición predominantemente crítica tiene su punto de debilidad en el hecho de que el éxito que pueda caberle depende, en gran parte, de los desaciertos que el gobierno cometa. Triunfa por los errores ajenos más que por los propios méritos. No le pertenece la iniciativa. Empieza por cederla; alcanza pujanza cuando el gobierno la alimenta con muchos yerros, y se muestra inoperante y desnutrida cuando aquél se da reposo en sus desquicios. Explica, además, el riesgo de obrar como correctivo si el gobierno es inteligente y se enmienda, y servir para fortalecerlo o salvarlo, en vez de hundirlo como ambiciona. Por eso, aunque suele alcanzar éxitos brillantes, éstos nunca son duraderos. Al día siguiente de la victoria no sabe qué hacer con el poder, y el triunfo se le escapa de las manos como a un jugador sin experiencia. Es siempre, en suma, una forma de oposición frágil y mediocre. La vigorosa, la incontrastables, es la que mueve a las masas con el imán de un programa atractivo.

Echeverría vio lúcidamente en aquel tiempo tormentoso y sombrío. Como decía Juan María Gutiérrez —su discípulo y su gran amigo, fiel albacea de su gloria— censuró francamente a los hombres que no presentaban un sistema de ideas orgánicas a la consideración del país para después de vencido el obstáculo que oponía al orden el pésimo gobierno de Rosas, aun cuando reconocía en esos hombres “ideas parásitas y fragmentarias y habilidad para el expediente de los negocios comunes”. “Estos, decía, no piensan sino en salir de los apuros del momento, jamás echan una mirada sobre el porvenir, porque no comprenden ni el pasado ni el presente: viven con el día como los calaveras”.

Echeverría se caracteriza sobre todo por esto y por esto tiene que reconocerle la posteridad una posición enteramente personal: es el hombre capaz de trazar un programa positivo, con largas proyecciones sobre el futuro, mientras el crimen y la alevosía rondan la propia casa y parece que lo único cuerdo consiste en levantarse, atacar y golpear. Cuando diríase que la sola reacción apropiada es la descarga de fusil o la reprobación iracunda.

A los ojos de quien está con el arma al brazo o escribe el panfleto encendido para mover los ánimos a la rebelión, ese programa principista que se opone a la conducta detestable de quienes ocupan el poder, suena a inútil pérdida de tiempo y energías. No les era fácil comprender a muchos heroicos combatientes de la proscripción que el autor del Dogma Socialista y el hombre de la Asociación de Mayo no podían seguir otro camino. No era que actuaran como ideólogos empedernidos, sino que procedían con coherencia y sistema. En ciertos momentos de la historia política es imposible oponerse sólo críticamente. Cuando los partidos que están en la oposición representan algo superado por la evolución de la sociedad y el desenvolvimiento de las ideas, cuando ellos implican un orden que el tiempo ha dejado atrás y no volverá, es inútil querer vencer en forma duradera a cualquier gobierno que de algún modo exprese o propicie el orden nuevo, a base de críticas por justificadas que sean. Hay que oponerle un programa positivo que esté a la altura de la hora, si se quiere luchar con posibilidades de éxito. Y ese era el caso en el momento que actuaba la generación del 37, porque para ella, como decía Echeverría en los párrafos que leímos al comenzar esta conferencia, los unitarios representaban *una restauración imposible*. Las enseñanzas que se desprenden de la actitud de Echeverría ante la realidad política de su tiempo tienen valor permanente. Y cobran actualidad suma y señalan el

único camino racional a seguir en los períodos en que un brusco cambio social impone la renovación profunda de los partidos opositores. Contienen una magnífica enseñanza e imparten una lección de fe en el país, por el momento en que fueron escritas estas palabras de Echeverría insertas en su segunda carta a De Angelis:

“¿Y sabe usted, señor Editor, por qué critiqué entonces y ahora a los unitarios? Porque en mi país y fuera de él hay muchos hombres patriotas que están creyendo todavía, que la *edad de oro* de la República Argentina y especialmente de Buenos Aires, está en el pasado, no en el porvenir; y que no habrá, caído Rosas, más que *reconstruir* la sociedad con los viejos escombros o instituciones, porque ya está todo hecho. Como esta preocupación es nocivísima, como ella tiende a aconsejarnos que no examinemos, que no estudiemos, que nos echemos a dormir y nos atengamos a los hombres del pasado; como ese pasado es ya del dominio de la historia, y es preciso encontrarle explicación y pedirle enseñanza, si queremos saber encontrarle explicación y pedirle enseñanza, si queremos saber dónde estamos y hacia dónde vamos; como por otra parte yo creo que el país necesitará no de una reconstrucción, sino de una *regeneración*, me pareció entonces y me ha parecido ahora conveniente demostrar que la *edad de oro* de nuestro país no está en el *pasado* sino en el *porvenir*; y que la cuestión para los hombres de la época, no es el *porvenir*; y que la cuestión para los hombres de la época, no es buscar lo que ha *sido*, sino lo que *será* por medio del conocimiento de lo que ha sido. No se han comprendido así mis miras por usted, señor Editor, ni por algunos de sus enemigos políticos. Se ha creído o aparentado creer que me movía una ojeriza personal contra el partido Unitario, el deseo tal vez de congraciarme con Rosas, o alguna presuntuosa ambición... ¿Cuándo podrá un ciudadano entre nosotros manifestar en voz alta sus pensamientos y encontrar en vez de rivales, nobles y generosos émulos?”

No era dable, en modo alguno, volver a la total centralización unitaria. Había que conciliar el espíritu de unidad o de nacionalidad con el espíritu de localidad. Después que las localidades habían adquirido conciencia de su fuerza con el triunfo de los caudillos no había manera de retornar a lo antiguo. Era necesario fundir el centralismo con el localismo, armonizarlos en un orden nuevo, porque los dos representaban algo legítimo. Inmediatamente después de Mayo estalla el conflicto entre unidad y localidad y los episodios de la lucha que ese conflicto desata, llena la historia interna de la Argentina, la historia de la organización nacional, desde la revolución hasta la constitución, desde 1810 hasta más allá de 1853, hasta la presidencia del General Mitre.

Rosas no era todo el federalismo y no podía enjuiciarse al federalismo pensando sólo en Rosas.

“Pero la federación Dorreguista —dice Echeverría en la segunda carta a De Angelis— no era la federación Rosista. Dorrego a más de caudillo federal, puede considerarse como la completa y enérgica expresión del sentido común del país, alarmado en vista de las incomprensibles y bruscas innovaciones del partido Unitario; y es indudable que en ese terreno era fuerte, y desempeñaba muy bien su papel de tribuno de la multitud. La federación que Rosas vocifera es todo lo contrario de lo que han pretendido todos los caudillos desde Artigas hasta Dorrego”.

Y Rosas mismo, pese a motes y denuos, tuvo que servir a la parte legítima e irrenunciable que contenía el Unitarismo. “Sin embargo, Rosas —escribe Echeverría en la misma citada carta—, más por instinto que por cálculo de política, ha sido audaz y perseverante continuador de la obra de centralización del poder social iniciada en Mayo, y acomedida con tal mal éxito en diversas épocas por el partido Unitario”.

La décimotercera y última *Palabra Simbólica* del Dogma Socialista, que se titula “Abnegación de las simpatías que pueden ligarnos a las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la revolución”, está destinada a expresar que es necesaria la presencia simultánea de los principios unitarios y federales en la organización argentina. Fue redactada por Alberdi, según dijimos. Luego pasaron esas ideas, como muchas otras del mismo breviario, a la Constitución Nacional de 1853. Ellas viven hoy en nuestra organización y, pese a eclipses y a escarnios, siguen rigiéndonos. Bastaría esto sólo para demostrar que pocos han trabajado con tanta eficacia por el bien del país.

Las ideas de Echeverría y de la Asociación de Mayo se realizan después de la caída de Rosas. Si Urquiza y los que con él trabajaron para pacificar la nación y darle un gobierno estable, no fracasaron en su empresa de organizar el país, se debió a que se encontraron con un sistema de ideas que supieron aprovechar, elaborado por la generación del 37, que no era ni unitario ni federal. El país no volvió a la anarquía y encarriló definitivamente su marcha a partir de Caseros, porque se llevaron a la práctica los principios de una nueva generación que había superado los escollos contra los que se estrellaron los dos partidos tradicionales. Era la generación de Echeverría. En aquella hora de nuestra historia se trabajó por equipo o, si se quiere, se dividió inteligentemente el trabajo. Los militares y los caudillos hicieron su parte: los pensadores, la suya. Es extraordinariamente significativo que a los seis meses de Caseros, Alberdi pudiera remitirle a Urquiza las Bases y su proyecto de Constitución Nacional.

Y, sin embargo, en la historia oficial no suenan sino los nombres de unitarios y federales. De otros que hicieron tanto o más que ellos, apenas si trasciende un eco apagado. Las ideas que no se escudan tras un nombre de partido, están condenadas a perpetuo oscurecimiento.

Echeverría, menos afortunado que sus compañeros en las batallas de las ideas, no pudo asistir al momento en que sus *Palabras Simbólicas* se encarnaron en la realidad; en que volvió a brillar —empleamos sus palabras— “en el cielo oscurecido de la Patria, el astro hermoso que resplandeció sobre su cuna”. A él le debe el país muchas de las ideas básicas de su organización definitiva. A él también la renovación literaria y la introducción del romanticismo que como dice en su réplica a Alcalá Galiano, llegaron a América antes que a España. Él llevó por primera vez a la literatura el paisaje argentino por excelencia: la pampa, el desierto. Rica contribución la de este poeta. No nos extrañe que hombres de la talla de Sarmiento, de Mitre, de Alberdi, de Gutiérrez, de López, lo consideraran el príncipe de su generación.

\* \* \*

La oposición puramente crítica o negativa termina por presentar al gobernante o al gobierno atacado como origen de todos los males. El gobierno y el gobernante, entre tanto, son producto de un estado social, e importa tanto como remover el gobierno, corregir las causas que lo engendraron. No bastaba censurar a Rosas y derribarlo, si el medio que lo había originado y que había hecho posible su ascensión al poder no se modificaba con su caída. Volvería a resurgir con otro nombre o bajo otra forma, tarde o temprano. Había que mirar a Rosas como fenómeno social para no combatirlo estérilmente. “No nos imaginemos —escribía Echeverría— que aniquilando a Rosas, aniquilaremos al principio que lo sostiene; no, eso es imposible”.

El problema político para Echeverría no era sólo crear la democracia; consistía en evitar que una vez establecida, pereciera.

“Pero hay más —escribe—: no basta que vosotros profecéis ese *Dogma* y derramáis vuestra sangre por él; debéis también desear y esperar que si derribáis a Rosas, haya o se forme en vuestro país una organización social que os garantice y asegure el predominio de ese Dogma, para vosotros, vuestros hijos, y posteridad; porque sin eso volveréis vosotros o vuestros hijos a caer en la guerra civil que nos ha devorado desde Mayo y no habrá Patria”.

Para evitar la resurrección de las fuerzas que miran el edificio de la democracia y trabajan a la luz del día o en la sombra para desacreditarla y hacerla fracasar, era necesario crear un Estado activo, cuyo dinamismo se dirigiera especialmente a conservar las condiciones que hacen posible mantener la esencia de su organización. El Estado, como Echeverría lo concibe, es lo más alejado de ese órgano inerte, característico de la democracia, espectador impasible e impotente del juego de los factores y movimientos que elaboran en su contra, y van socavando, como las aguas que lamen los declives de hondonada, las ideas, el estilo de vida y las normas morales en que la democracia descansa.

Porque la democracia reposa sobre algo y privada de ese cimiento naufraga y se sumerge en una parodia estéril o se deja arrebatar sus dones. Las actividades culturales y materiales, integrantes del trabajo social, constituyen la base, el punto de apoyo que mantiene de pie a la democracia como a cualquier sistema político. El gobernante y el gobierno son frutos de ella, su efecto y consecuencia y no a la inversa. Por eso, además del estado impulsor de la democracia hace falta para que ésta viva y no sucumba en manos del despotismo, que cada una de esas actividades esté impregnada de su espíritu y trabaje a favor suyo. “Política, filosofía, religión, arte, ciencia, industria: Toda la labor inteligente y material deberá encaminarse a fundar el imperio de la democracia”, escribe Echeverría. E insiste luego: “No puede haber, no debe haber sino un móvil y un regulador, un principio y un fin, en todo y para todo: la democracia”.

Tal como ha funcionado en el último siglo, la democracia es desaprensión. Es el régimen que no se preocupa de su persistencia, que no cuida de sí mismo, que no estimula a sus adeptos, ni prepara, para iniciarlos en su fe y sus ideales, a los niños que mañana serán los ciudadanos llamados a actuar en la vida civil. Los Estados despóticos no admiten en realidad más que un único partido y ese partido hace permanentemente la defensa y la propaganda del régimen político imperante en la Nación, con el cual es una misma cosa. En la democracia, donde siempre los partidos son varios, cada uno trabaja para sí y no hace campaña en pro del régimen político del país.

Así la democracia carece de militancia fundamental. La militancia es en ella siempre fragmentaria y esto conspira contra la perduración de su ser. Echeverría veía diáfananamente tal riesgo cuando proclamaba con vehemencia la necesidad no sólo de vivir en la democracia, sino *por* y *para* la democracia. Fue como demócrata raro ejemplar; un hombre advertido, con mucho menos candor y mucho más sentido de la propia conservación que la mayoría de los miembros de esta contradictoria y heterogénea familia.

Dentro del conjunto de fuerzas que deben todas trabajar activamente por la democracia, hay una extraordinariamente importante. No necesito nombrar a la educación o la enseñanza. Echeverría explica su función decisiva en el Manual de

Enseñanza Moral que escribiera por encargo del Gobierno del Sitio de Montevideo.

“La enseñanza primaria —expresó— arreglada a las necesidades del país, importa la iniciativa de una letra transformadora social; importa lo que no se ha hecho hasta ahora, la inculcación gradual del elemento trino de la democracia en las entrañas mismas de nuestra sociedad, y, por consiguiente, una verdadera revolución moral, que dará resultados amplios en el porvenir”.

La enseñanza debe perseguir como fin supremo —nos dice con otras palabras el jefe de nuestro romanticismo— inculcar en el alumno los principios de la democracia, modelar el alma plástica del párvulo en sus ideas y sus ideales, crearle la repugnancia por lo que la contradice; hacer de ella, de sus normas y sus postulados, una porción orgánica, viva, de modo que cuando algo se le oponga, surja en el ciudadano reacción instintiva y enérgica, como cuando herido en su carne o negado el alimento para su cuerpo, el hombre se mueve con todas las fuerzas que lleva consigo una respuesta biológica. Ésta era la tarea principal de la pedagogía en los pueblos del Plata. Escuela quería decir sobre todo adiestramiento cívico.

Cuando los proscritos llegaron al gobierno se olvidaron de organizar la enseñanza con vistas a la formación democrática y de movilizar la actividad del Estado para mantener encendida la fe en sus principios. Expulsado Rosas pareció que la democracia estaba salvada para siempre y las ideas pedagógicas y sociales de Echeverría, en esta parte de su Mensaje, no alcanzaron aplicación práctica. La labor educativa careció de acento cívico, de pasión por la libertad; fue una enseñanza burguesa e indiferente ante el destino social. El Estado se abstuvo de trabajar vigilantemente en el mismo sentido, para que, si aquello se había conquistado de manera definitiva.

Enseñanza, Estado, gobierno, legislación, literatura, filosofía y arte tendrán que dirigirse a crear ese fervor democrático, el día en que la democracia alcance auténtica vida entre nosotros. No me cabe duda sobre ello. De lo contrario, perecerá para siempre en manos de los enemigos que la acechan. No me cabe duda, de que estas ideas de Echeverría se realizarán por primera vez en el porvenir.

## ECHEVERRÍA, INTÉRPRETE DE MAYO

Según hemos dicho ya, Echeverría describió en algunas de las mejores páginas de su *Ojeada Retrospectiva* la situación peculiar de su generación, inconforme con unitarios y federales, quienes abarcaban toda la política Argentina en el momento en que se fundó la Asociación de Mayo. Las críticas que a ambos partidos formulaba el autor de *La Cautiva*, lo obligaban a delinear los fundamentos de un partido nuevo que superase las fallas de aquellos dos. Infortunadamente la temprana muerte de Echeverría dejó este trabajo en estado de insinuación o como bosquejo mental.

Con todo, pueden trazarse los rasgos del nuevo partido implícito en las ideas de Echeverría, formándolas de sus escritos, y esta es tarea útil, porque de la historia no sólo debe estudiarse y aprenderse lo que se realizó, sino también aquello que parecía que iba a nacer y que por una u otra razón no cobró vida. El que una cosa insinuada en la historia no se haya convertido en realidad no quiere decir siempre que se haya frustrado; a veces sólo significa que se ha aplazado, que la hora de su plenitud llegará más tarde. Para pensar de otro modo habría que negarle al hombre todo don profético. Es decir, habría que olvidarse de su verdadera naturaleza.

Para Echeverría toda interpretación de la realidad argentina, toda meditación sobre las fuerzas que en ellas actúan y el rumbo que ha de seguir en su desenvolvimiento, debía arrancar de un punto límite, verdadera fuente originaria: la Revolución de Mayo. La Revolución de Mayo es para el sociólogo argentino algo así como el “Cogits ergo suum”, para Descartes. De este modo la idea de progreso y perfectibilidad social que nuestro pensador había recogido en Lermínier, Saint Simon y Pedro Lerroux, se sumergió en la historia y su sistema queda inscripto en el historicismo. La teoría del progreso que empezara siendo iluminista, se convierte en historicista en Echeverría y los prosriptos.

“Quien no comprende las profundas diferencias y semejanzas entre ambas concepciones —dice con razón Alberdi—, no comprenderá la honda discrepancia filosófica entre Rivadavia y Echeverría. Este trae al país una nueva manera de pensar: el historicismo que llena nuestra cultura hasta 1880, más o menos”.

En Mayo conquistamos la independencia política. Rompimos los lazos con España. Y junto con esta liberación ocurrió lo siguiente: el pueblo hasta entonces había sido vasallo; no tenía derechos políticos; en Mayo los adquirió; conquistó el derecho de gobernarse por sí mismo y fue soberano. Del Rey o mejor dicho de su delegado el virrey el poder pasó al pueblo. Y el pueblo empezó a hacer uso de él.

Cayó en sus manos el poder repentinamente. No hubo preparación. No hubo etapa intermedia, ni lapso transitorio. No hubo un largo adiestramiento moral como en Francia antes de la Revolución de Febrero ni hubo anticipada iniciación en el espíritu democrático como en los Estados Unidos antes de la independencia.

Lo que sucedió era previsible. Echeverría lo dice por primera vez en su Discurso Introducción a una serie de lecturas, pronunciado en el Salón Literario en septiembre de 1837. El pueblo sin experiencia democrática, sin costumbres cívicas, no gravitó de verdad y fue copado en el ministerio que la Revolución había querido darle. “Hemos creado, expresa, un poder más absoluto que el que la Revolución derribó y depositado en su capricho y voluntad la soberanía”. Y lo repite sentenciosamente en el *Dogma*: “El gran pensamiento de la revolución no se ha realizado. Somos independientes, pero no libres. Los brazos de España no nos oprimen, pero sus tradiciones nos abruman. De las entrañas de la anarquía nació la contrarrevolución”.

Rosas representaba la contrarrevolución, la restauración colonial. Veremos que más tarde, Echeverría limita o rectifica parcialmente este aserto.

La revolución política fue uno de los fines del movimiento de Mayo; el otro, tan grande y fundamental como el primero a juicio de Echeverría, fue la emancipación social. En el discurso que hubo de pronunciar en la festividad del 25 de mayo de 1844 en Montevideo y que se encuentra publicado con el título de *Mayo y la Enseñanza Popular en la Plata*, dice: “Esta revolución gloriosa, señores, tuvo en la vista indudablemente dos fines: 1º, la emancipación política del dominio de España, triunfo que logró completo en la guerra de la independencia; 2º, fundar la sociedad emancipada sobre un principio distinto del regulador colonial”. Y repite en el *Dogma*: “La revolución marcha, pero con grillos. A la joven generación toca despedazarlos y conquistar la gloria de la iniciativa en la grande obra de la emancipación del espíritu americano, que se resume en estos dos problemas; *emancipación política y emancipación social*. El primero está resuelto; falta por resolver el segundo”.

Para realizar este segundo y esencial capítulo era menester organizar la patria sobre base democrática, fundada sobre la soberanía del pueblo y la igualdad de clases; instituir un régimen de libertad que el pueblo gobernara efectivamente por medio de sus representantes y reformar la legislación en todas sus ramas (civil, comercial, penal, etc.). En una palabra, terminar con los estatutos de la Colonia y crear los estatutos de la democracia.

Ahora bien, no cabe la menor duda de que todos los hombres nacidos en nuestra tierra abrazaron entusiastamente el cumplimiento del primero de los fines de la Revolución: la liberación política, la emancipación de España. Pero, podría afirmarse lo mismo del segundo de sus dos grandes fines: ¿podría creerse que el terrateniente y el comerciante y las profesiones tradicionalmente favorecidas por el poder y el dinero, se interesaban en la emancipación social? Ellos pugnaban por derogar los principios coloniales en la medida que contrariaban sus intereses, y así atacaron antes de Mayo el monopolio comercial de España, pero no tenían motivos para rebelarse contra buena parte de la estructura anterior a la Revolución.

Y el pueblo, los empleados, los peones de campo los proletarios de las ciudades, ¿en qué medida tuvieron conciencia del cambio y hasta qué punto se movieron hacia su liberación social y su mejoramiento económico? La mayor parte de la población estaba en la campaña: lo que hoy llamaríamosla clase trabajadora se agrupaba principalmente alrededor de las estancias: estaba dispersa y carecía de educación y de cohesión para agitarse tras una conquista de ese tipo. El proletariado urbano, o mejor suburbano por entonces, era escaso y no gravitaba por propia iniciativa. A ello se agregaba un factor racial paralizante: los mestizos tenían que pagar tributo, sobre todo en esto a la superioridad del blanco, que se encontraba al frente de las embrionarias empresas de aquella sociedad pastoril e imponía su autoridad con la fuerza que provenía de su mayor preparación y capacidad y de su mejor posición social y económica.

No hubo, pues, fermento social que movilizara desde el principio al mayor número, a los pobres. Fueron hombres como Moreno y Rivadavia primero, como Echeverría y sus epígonos después, quienes sintieron efectivamente la necesidad de la reforma social. Hombres muy cultos, unos, intelectuales de fuste, otros, en el Plata vino a realizarse así aquella función que Mamhein asigna a la *intelligentsia* y que nace de su mentalidad más amplia y de su situación relativamente independiente de un fuerte interés económico, como podían ser, en la época, el de comerciante y el del estanciero, lo que le permitía actuar en vista de un interés colectivo, antes que en defensa de un interés privado de clase, de círculo o de partido.

Echeverría pensó y actuó inspirado en ese ideal colectivo y éste es uno de sus mayores títulos de gloria. Al colocar en la matriz misma de la revolución un principio de emancipación social, adscribió con férreo lazo a la teoría del movimiento de nuestra historia, como una necesaria manifestación de su esencia, la consigna de las reivindicaciones económicas del pueblo, y así echó las bases para crear un partido argentino democrático, renovador y expresivo de nuestra nacionalidad, una fuerza histórica y política, que desgraciadamente no se tradujo en efectiva agrupación cívica.

Echeverría es el primer escritor de su generación y uno de los pocos escritores argentinos del pasado siglo que superó a la posición liberal pura, la que adopta un punto de vista neutral ante la desigualdad económica. En dos momentos del *Dogma* aparece la preocupación por el proletario: en la déci-

ma *Palabra simbólica* cuando dice: “Él (se refiere al gobierno) procurará elevar a la clase proletaria al nivel de las otras clases, emancipando su cuerpo, con el fin de emancipar después su razón”, y en el duodécimo al expresar: “Para conseguir la realización completa de la igualdad de clases y la emancipación de las masas, es necesario que todas las instituciones sociales se dirijan al fin de la mejora intelectual, física y moral de la clase más numerosa y más pobre”.

El último ensayo que Esteban Echeverría escribiera es el que dedica a la Revolución de Febrero en Francia, publicado poco antes de su muerte. Ese ensayo nos permite aseverar que de haber llegado hasta mucho más allá de la mitad del siglo como otros compañeros de su generación, se hubiera orientado francamente en el sentido de la reforma social. Hace allí una aplicación de la idea de fraternidad incluida, sin desarrollar en el *Dogma*. “Cuando hace once años me refería a este principio no me equivocaba”, dice en una nota del antes mencionado ensayo, donde escribe palabras categóricas que reconocen como legítimo el moderno movimiento obrero.

En la historia, en el pueblo, en la realidad propia debían buscar inspiración los pensadores políticos. La consigna de Echeverría para dilucidar nuestros problemas y establecer los principios de acuerdo con los cuales debía organizarse la nación, fue “mantener clavados los ojos de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad”. Así, frente a los unitarios, concedió máxima jerarquía a lo nacional y vernáculo. Y en la segunda *Carta a De Angelis*, donde amplía las críticas a los unitarios que había formulado en al *Ojeada Retrospectiva*, desenvuelve de manera explícita la idea de que es errado perseguir soluciones que no partan directamente de nuestro modo de ser. Les reprocha a los unitarios el “sacrificar a veces a un principio abstracto un grande interés social, por atenerse a las soluciones más altas y especulativas de la ciencia europea”. Y luego añade que no comprendieron “el sistema social desde un punto de vista nacional o argentino. Ellos buscaron lo ideal que habían visto en Europa o en libros europeos, no lo ideal resultante del desenvolvimiento armónico y normal de la actividad argentina”.

“Tuvimos razón para decirlo —se lee en la *Ojeada*—. El partido unitario no tenía reglas locales de criterio socialista; desconoció el elemento democrático; lo buscó en las ciudades, estaba en las campañas. No supo organizarlo, y por lo mismo no supo gobernarlo. Faltándole esa base, todo su edificio social debió desplomarse, y se desplomó”.

“Estableció el sufragio universal para gobernar en forma por él; pero, en su suficiencia y en sus arranques aristocráticos, aparentó o creyó poder gobernar por el pueblo; y se perdió y perdió al país con la mayor buena fe del mundo”.

“No tuvo fe en el pueblo, en el ídolo que endiosaba y menospreciaba a un tiempo; y el ídolo, en venganza, dejó caer sobre él todo el peso de su omnipotencia, y lo aniquiló con su obra”.

“Rosas tuvo más tino. Echó mano del elemento democrático, lo explotó con destreza, se apoyó en su poder para cimentar la tiranía. Los unitarios pudieron hacer otro tanto para fundar el imperio de las leyes”.

Los federales estuvieron más cerca del pueblo que los unitarios, viene a decirnos el autor de *Dogma*. Aunque se hallaba tan en contra de Rosas y los caudillos como pudo estarlo persona alguna, seguía pensando con la cabeza y no se ofuscaba. Quería ver la realidad, tal cual era. Y mirándola así, debía reconocer que Rosas y los caudillos sacaron al pueblo, sobre todo al de la campaña y de los pueblos del interior

y del litoral, sonámbulo a través de los hábitos coloniales, de su inercia y lo movieron tras algo, lo llevaron hasta la plaza pública, hasta un ágora primitivo. Fueron los primeros en mostrar como presencia viva a las masas rurales, aunque no tuvieron otro propósito que dominarlas y hacerlas servir sus designios. Si no les dieron voz y libertad verdaderas, les dieron impulso, excitaron su voluntad aunque sólo fuera para el odio; las pusieron en la senda de la acción. Echeverría no lo expresa con estas palabras; pero hay un momento extraordinariamente significativo, y aparentemente discordante de su obra, en que reconoce que Rosas ha hecho su aportación a la democracia. Dice en la segunda *Carta a De Angelis*: “Pero hoy que las masas tienen completa revelación de su fuerza y que Rosas a nombre de ellas ha nivelado todo y realizado la más absoluta igualdad, pensar en otra cosa que en la democracia es una quimera, un absurdo”.

Rosas había llegado al pueblo; en cierto modo había despertado en las masas un fervor cívico que los unitarios nunca alcanzaron. Pero Rosas terminó anulando la democracia y estableciendo una sangrienta dictadura. De tal modo comienza uno de los fenómenos sociales argentinos más inquietantes, que se ha repetido en la historia y se sigue repitiendo. Si se exceptúa a Mitre, todos los caudillos más populares, los que verdaderamente llegaron a conquistar la adhesión de la masa, terminaron en el cesarismo. Terminaron haciendo tabla rasa de los principios democráticos o por lo menos sustituyendo el gobierno del partido mayoritario por el gobierno de la voluntad de un hombre, y la lamentable consecuencia contradictoria debe ser superada si se quiere que el progreso de nuestras instituciones sea algo más que una apariencia.

Cuando se ha buscado la causa de nuestros fenómenos políticos, por lo general la explicación se ha centrado en el modo de ser de nuestro pueblo, en algo así como en un vicio constitutivo de la raza. Sarmiento, por ejemplo, ofrece una explicación de este tipo en *Conflictos y armonías de las razas en América* al parangonar nuestra incapacidad política con la para él brillante capacidad política de los Estados Unidos. Echeverría la busca preferentemente en la ineptitud o los errores de los partidos políticos y abre con ello una ancha vía de enmienda y de investigación.

A través de las críticas de Echeverría al partido unitario puede percibirse como sentía la necesidad de penetrar en lo popular y conquistar su aliento, penetración y conquista sin las cuales toda fuerza política será lánguida o decadente. En Latinoamérica ha sido y es muy difícil conseguir tal cosa por el camino de las ideas sin operar a la vez sobre la parte sentimental e irracional del pueblo, y de ahí la específica dificultad para hacer en Latinoamérica una política alta a la que no le falte eficiencia. En lo instintivo y orgánico de un pueblo hay un principio de salud, como en los instintos del hombre, y esto es lo que un partido político tiene que captar e interpretar, si quiere llegar a las masas y exceder los límites de determinados sectores. Pero otra cosa bien distinta es excitar las fuerzas oscuras de la subconsciencia y las claras y negativas del resentimiento, la envidia y el odio. En este sentido la posición de Echeverría no pudo ser más precisa. No pudo reclamar más decididamente —como una necesidad esencial de la redención de nuestra política— al líder de ideas sociales para oponerlo no sólo a aquellos que, como los caudillos que tenía a la vista, buscaban popularidad y el éxito proselitista estimulando fuerzas ciegas o despertando pasiones semibárbaras, sino también a tantas personas que sin más estímulos que ciertas apetencias de mando y algunas dosis de astucia y audacia, se han sentido habituados, en todas las épocas de nuestra historia, para ocupar destacadas posiciones en la

política argentina. Nos describe así el político tal como debe ser:

“Como para nosotros los hombres no tienen *valor real* en política, sino como artífices para producir o *realizar ideas sociales*, confesaremos francamente que deseáramos ver de una vez destroncados a todos esos favoritos de la fortuna; porque no concebimos progreso alguno para el país, sino a condición de que ejerzan la *iniciativa del pensamiento* y la *acción social de los mejores* y más *capaces*, y por mejores y más capaces entendemos: los hombres que sean la expresión de la más *acrisolada virtud* y de la *más alta inteligencia* del país”.

Echeverría se contradijo más de una vez, acaso porque era una inteligencia extraordinariamente lúcida para la percepción de la realidad. Y en ocasiones las consecuencias sistemáticas de sus ideas chocaban con lo que la realidad le enseñaba. Así, por ejemplo, es sobremanera inexplicable que después de formular tales reproches a los unitarios propiciara el voto calificado. Caminamos, dijo, hacia el sufragio universal. Pero en la primera etapa sólo debían votar determinados sectores sociales. Su otro grave error consistió en justificar la intervención extranjera en el Plata durante el gobierno de Rosas. Decepcionado, luego se rectificó. En 1846 escribe, en carta a un amigo, lo siguiente: “Es necesario desengañarse, no hay que contar con elemento extranjero alguno para derribar a Rosas. La revolución debe salir del país mismo, deben encabezarla los caudillos que se han levantado a su sombra”.

En su hora el problema argentino candente era la lid entre unidad y localidad, entre los intereses nacionales y los derechos de lugar, zona o región. La Constitución Nacional, inspirada en el *Dogma*, le dio una solución que significó, sin duda, gran progreso. Quedaba otro grave problema formulado por Echeverría y era superar las fallas de los partidos actuantes que los conducían a la postre al fracaso. Después de Caseros se organizaron nuevos partidos; no surgió, sin embargo, uno que recogiera aquel sentido histórico y social en que Echeverría sobresalió, aquella preocupación por las clases pobres y numerosa que tan bien exhibe en su último ensayo y que lo señalaban para encabezar o por lo menos orientar la constitución de un partido nacional, aliado de la inteligencia y la cultura, custodia de los valores que hacen la nobleza de nuestra historia y nos han dado decoro como sociedad y como nación, con raíces en lo argentino y ejecutor de tradición civil y democrática, con profunda tendencia reformista, palanca de las reivindicaciones populares que en la segunda mitad del siglo ganaron en fuerza y conciencia de sí, entroncado en Mayo y continuador de su ideal de libertad y de su esencia renovadora.

La prematura desaparición de Echeverría lo privó de quien pudo ser su adalid. Quedó sin voz el pensamiento en que se perfilaba. Se rompió su proa. Pero tiene de par en par abiertas las puertas del futuro.